

El *Affaire Lefebvre*

Durante los tres últimos meses un sinnúmero de artículos y noticias han llamado mucho la atención, sobre todo en los países donde existe fuerte influencia de la iglesia católica, apostólica y romana. Asunto: el "*affaire Lefebvre*".

Para los menos enterados, se trata de un problema interno de la iglesia en donde un obispo francés, Marcel Lefebvre, contrariando las órdenes del papa Paulo VI y del Concilio Vaticano II, se empeña en seguir celebrando la misa en idioma latín, la llamada misa de San Pío V.

Para otros más versados, el *affaire Lefebvre* expresa la pugna reducida sólo a los ámbitos eclesiásticos, entre los sectores llamados "integristas" y aquellos denominados "progresistas" de la iglesia.

Sin embargo el problema es más profundo, sobre todo si se le mira desde una perspectiva cristiana purista que podría ver, tanto en la posición integrista ligada a la ultraderecha y al fascismo de Marcel Lefebvre, como en algunos sectores de la izquierda, una tendencia a mediatizar a la iglesia y ponerla al servicio de coyunturas políticas demasiado temporales y alejadas de la misión netamente espiritual de esa institución, cuya piedra fundamental fue San Pedro.

Pero también se torna más complicado si sólo se atiende a las declaraciones del propio obispo Lefebvre, quien lanza loas a la dictadura de Videla en Argentina, y moteja de "bastardos", "cismáticos", "judíos" y "protestantes" a quienes se ciñen al Concilio Vaticano II, acusando a la francmasonería de celebrar misas negras con profanación de hostias. Pero más inquietud causan sus vinculaciones con las empresas multinacionales, la CIA, la OTAN y con el financiero del Tercer Reich, Weinfried van Straaten, como lo señala IPIS desde la ciudad del Vaticano.

A pesar de lo impactante de la noticia, asuntos como el de Lefebvre no son nuevos. En sus casi dos mil años de historia, la iglesia católica ha tenido treinta y cuatro antipapas e inclusive hasta papisas; ha sufrido cismas como el de la iglesia de oriente y occidente; ha conocido herejías como la de los cátaros, más cercanos a las doctrinas maniqueas y zoroastrianas que a los evangelios; ha vivido la Reforma y la Contrarreforma en los albores del capitalismo; ha prohibido la ganancia y la usura y luego ha canonizado mercaderes, y ha cambiado paulatinamente su posición con respecto a la propiedad privada desde los primeros padres hasta Tomás Moro; en el presente, desde las encíclicas *Rerum Novarum* de León XIII hasta *Populorum Progressio* de Paulo VI, pasando por Pío XI y su *Quadragesimo Anno* y Juan XXIII con su *Mater et Magistra*.

La iglesia católica no ha desdenado precisamente lo temporal y se ha ido adecuando históricamente a los tiempos, a las situaciones económicas, socia-

les y políticas del desarrollo de la sociedad. He ahí su vitalidad y su arte para sobrevivir y fortalecerse. El caso de Lefebvre será un hito más en su juego dialéctico entre clases en pugna, entre lo temporal y lo espiritual, sobre todo en este mundo donde, a decir de Marx, “el espíritu nace preñado de materia”.

No obstante el *aggiornamento* de la iglesia —como le llamó Juan XXIII, “el Papa Bueno”, a esa puesta al día— durante los últimos ochenta años, la iglesia católica, apostólica y romana ha sido, oficialmente en su gran mayoría (hay honrosas y felices excepciones), una institución que ha defendido los privilegios de las clases dominantes, incluso ha pretendido paliar los sufrimientos de los oprimidos. Y en lo que a nosotros nos concierne más de cerca desde la Revolución Francesa de 1789 en adelante.

Sin embargo esa temporalidad política y reaccionaria no es precisamente una expresión de la esencia del mensaje evangélico que, como en la parábola del mal administrador, niega la negación que significa la riqueza, o admite que primero entrará un cable (y no un camello) por el ojo de una aguja que un rico al reino de los cielos, o que predicó el voto de pobreza, incomparable hoy, por cierto, con la pobreza sin voto a la que se somete a las tres cuartas parte de la humanidad.

Fue la iglesia francesa de San Luis Rey la que influyó en Napoleón Bonaparte para terminar con las conquistas de la Revolución Francesa, la iglesia integrista de Chateaubriand, de Bonnald, de De Maistre y de Charles Maurras, creador este último de la *Action Française*, tan reaccionario que el propio papa Pío XI tuvo que condenarlo en 1926. Fue esa iglesia la inspiradora de los *Camelots Du Roi* y de los grupos fascistas que concertaron el frustrado *putsch* fascista de 1934.

Pero también esa iglesia francesa es la de los *petites frères*, o sacerdotes obreros, y de las primeras misas en francés en la iglesia de San Severin en París.

La iglesia de Lefebvre, so pretexto de la misa en latín o misa de San Pío V del misal romano de 1568 —fiel al Concilio de Trento realizado entre 1545 y 1563, misa que el propio Pío V jamás celebró— quiere reeditar la iglesia de Charles Maurras, superada ya por el Concilio Vaticano II. El padre dominico R. P. Avril, en un artículo publicado por la revista *L'Express* (número 1313) dice al respecto:

Hace ya que serios testimonios de gente informada directamente me habrían dejado entrever que el seminario de Ecône (seminario abierto por Lefebvre en la región suiza de Valais famosa por sus viñedos), incontestablemente austero y ferviente en el plano religioso, estaba fuertemente marcado en política por el maurrasismo.

Bajo el austero sayo del fervor religioso, Lefebvre favorece la creación, siendo arzobispo de Dakar, del movimiento “La Ciudad Católica”, que pretende el reino de Jesucristo oponiéndose a los principios de Libertad, Igual-

dad y Fraternidad de la revolución de 1789, “origen de todos los errores tales como el liberalismo (y en esto coincide con el fascismo), el racionalismo y el socialismo”.

De ahí su apoyo a la OAS (Organización del Ejército Secreto), que en la década de los sesentas organizaba el terrorismo de derecha, la tortura y el asesinato, en contra de los patriotas argelinos, aun en los barrios musulmanes de París.

Las huellas de la “Ciudad Católica” de monseñor Lefebvre son de sobra conocidas en Latinoamérica. Ella ha sido la madre e inspiradora de movimientos ultrarreaccionarios y fanáticos como FIDUCIA, que organiza manifestaciones y publicaciones injuriosas en contra de los obispos progresistas de nuestro continente cada vez que ellos se han preocupado por el bienestar y la libertad de nuestros pueblos.

Lo anterior podría ser anecdótico si no se supieran las vinculaciones de Lefebvre, como se anotó en un comienzo, con Wenfried van Straaten. Éste fue uno de los financieros de Hitler, y su familia, sostenedora del Partido Nacional Socialista Alemán; colaborador de la CIA y financista de los actuales movimientos neonazistas y neofascistas europeos y latinoamericanos. En la Alianza de San Miguel se ha visto juntos a Van Straaten y Lefebvre escuchando misas en latín, entre muchos conspicuos dirigentes del neofascismo internacional. Pero a este dúo se une además Joseph Luns, jefe de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, OTAN. Por eso no son de extrañar las loas del obispo Lefebvre al general Videla, dictador de la República Argentina, quien junto con Brasil piensa crear una especie de Organización del Tratado del Atlántico Sur, SATO (la sigla en inglés por cierto), para enfrentarse a los países independientes o socialistas del África atlántica, tales como Angola, Mozambique o la República Popular del Congo.

De aquí que la misa en latín celebrada por el obispo Lefebvre en el Palacio de los Deportes de Lille (Francia) el 29 de agosto pasado ante una asistencia de 6 000 personas —desobedeciendo al papa Paulo VI, que lo suspendió *a divinis*, y desoyendo tanto lo pastoral como lo dogmático del Concilio Vaticano II— no sea meramente un asunto de carácter teológico o ritual. Su lucha en contra del Concilio Vaticano II va más allá del rito, va precisamente en contra del espíritu de *Mater et Magistra*, la encíclica del “papa bueno”, que entre otras cosas expresa:

Uno de los aspectos típicos que caracterizan a nuestra época es la socialización... Es claro que la socialización así entendida acarrea muchas ventajas. En efecto, hace que puedan satisfacerse muchos derechos de la persona, particularmente los llamados económicos-sociales, como por ejemplo, el derecho a los medios indispensables para el sustento humano, a la salud, a una instrucción básica más elevada, a una formación profesional más completa a la habitación, al trabajo, a un descanso conveniente, a la recreación... Pero en algunas naciones la abundancia y el lujo desenfren-

nado de unos pocos privilegiados contrastan de manera estridente y ofensiva con las condiciones de extremo malestar de muchísima gente...

Una exigencia de las más deseables consiste en que los obreros, en las formas y grados más oportunos, puedan venir a participar en la propiedad de las mismas empresas... Evitar toda concurrencia desleal entre las economías de los varios países... No son pocos los desequilibrios económico-sociales que en la época moderna ofenden la justicia y la humanidad... Principio fundamental de un sistema tributario conforme con la justicia y la equidad es que las cargas sean proporcionales a la capacidad contributiva de los ciudadanos... La justicia y la equidad exigen que los poderes públicos actúen para que esas desigualdades sean eliminadas o disminuidas...

Éstas son algunas opiniones que se incluyen en la encíclica *Mater et Magistra* (Madre y Maestra) del papa Juan XXIII.

Resulta explicable entonces que desde el seminario de Encone, el obispo cismático Marcel Lefebvre y sus seguidores, a propósito del concilio de Trento del siglo XVI, ataquen al Concilio Vaticano II y a los papas conciliadores Juan XXIII y Paulo VI; al primero muy veladamente y al segundo de manera virulenta y directa.

Resulta explicable también que desde distintos ámbitos del catolicismo, especialmente desde América Latina, surjan voces airadas contra el Vaticano con apelativos tales como "progresismáticos", "bastardos", "caines", "heréticos", "judíos", "masones", "protestantes", "subversivos", "mixtificadores", "sofistas", "marrulleros", "mentirosos" y "comunistas", no precisamente por una simple controversia sobre la misa de San Pío V, sino contra el espíritu de las encíclicas *Mater et Magistra* de Juan XXIII y *Populorum Progressio* de Paulo VI, que han cometido el "delito", según sus detractores, de preocuparse de la explotación, la miseria, el hambre y la dominación de las casi tres cuartas partes de la especie humana.

Las encendidas protestas de la ultraderecha católica pecan de demasiada soberbia. Ése fue el pecado, el de soberbia —cuentan los teólogos—, que hizo caer a Luzbel de bruces en los infiernos, o como dice el citado R.P. Avril

es necesario por lo menos una buena dosis de pretensión y un orgullo poco común para proclamarse el único defensor de la verdad cristiana, en oposición a los 2 500 Padres conciliares y al Papa mismo.

21 de octubre de 1976

Armando Cassigoli